

Del lastimoso estado intelectual en que, á pesar de algunos breves períodos de lucidez, se encontraba la reina doña Juana, se vió á fines de diciembre de aquel mismo año una prueba pública y solemne. Su marido la habia dejado en disposición de dar nueva sucesion á Castilla, y cuando se hallaba ya próxima á ser otra vez madre, empeñóse en trasladar y acompañar el cadáver de su esposo á Granada. Antes de la partida quiso verle con sus propios ojos, y sin que bastasen á impedirlo las reflexiones de sus consejeros y de los religiosos de la Cartuja de Miraflores, fué menester exhumar el cadáver, abrir las cajas que le guardaban y esponerle á su vista. La reina no se dió por satisfecha hasta que tocó con sus manos aquellos desfigurados restos. No vertió una sola lágrima, porque al decir de un escritor contemporáneo, desde una ocasion en que le pareció descubrir la infidelidad de su esposo con una dama flamenca, lloró tan abundantemente que parecía que desde entonces habian quedado secos los manantiales de sus ojos. En seguida le hizo colocar sobre un magnífico féretro en un carro tirado por cuatro caballos, y se emprendió la marcha fúnebre. Compañian la comitiva multitud de prela-

dos los antecedentes y el carácter del prelado toledano, creemos que fué una fortuna grande para Castilla que un hombre de su virtud, de su talento y de su instrucion se hallára al frente del gobierno provisional, que evitó

grandes desastres, y que codiciaba menos el poder que el bien del reino. Tal vez Fernando fué menos desinteresado, si bien es de admirar la política fria y calculada con que se condujo en este negocio.

dos, eclesiásticos, nobles y caballeros: la reina llevaba un largo velo en forma de manto que la cubria de la cabeza á los pies, sobrepuesto ademas por la cabeza y los hombros un grueso paño negro: seguia una larga procesion de gente de á pie y de á caballo con hachas encendidas. Andábase solamente de noche, «*porque una muger honesta, decia ella, despues de haber perdido á su marido, que es su sol, debe huir de la luz del dia.*» En los pueblos en que descansaban de dia se le hacian funerales, pero no permitia la reina que entrara en el templo muger alguna. La pasion de los celos, origen de su trastorno mental, la mortificaba hasta en la tumba del que los habia motivado en vida.

Refiérese que en una de estas jornadas, caminando de Torquemada á Hornillos, mandó la reina colocar el féretro en un convento que creyó ser de frailes; mas como luego supiese que era de monjas, se mostró horrorizada y al punto ordenó que se sacaran de allí y le llevaran al campo. Allí hizo permanecer toda la comitiva á la intemperie, sufriendo el riguroso frio de la estacion y apagando el viento las luces (1). De esta manera anduvo aquella desgraciada señora paseando de pueblo en pueblo en procesion funeral el cuerpo de su marido, cumpliéndose la profecía de una muger anciana que cuentan dijo mirando muy atentamente al archiduque cuando desembarcó en Galicia:

(1) Mártir, epist. 339.

«*Id, infeliz príncipe, que poco sereis con nosotros, y andareis llevado por Castilla mas despues de muerto que de vivo.*» De tiempo en tiempo hacia abrir la caja para certificarse de que estaba allí su esposo, ya por el temor de que se le hubieran robado, ya con la esperanza de verle resucitar, segun un fraile cartujo, abusando del estado intelectual de aquélla señora, le habia persuadido que sucederia ⁽¹⁾.

Indudablemente si esta situacion de Castilla se hubiera prolongado mucho, se hubiera vuelto á tiempos aun mas calamitosos que los de Enrique IV. Los grandes y nobles parecia marchar por este camino. El almirante levantaba tropas; el duque de Nájera se presentaba en la córte con numerosa escolta de caballeros y soldados; don Juan Manuel llegó á Torquemada con una compañía de gente de armas; el condestable y el de Villena alistaban sus vasallos. Felizmente la mano vigorosa de Cisneros los iba teniendo á todos á raya; él ~~los~~ y mantuvo á sus espensas un cuerpo de quinientos infantes y doscientos caballos, y ademas unas compañías de guardias, que creó con el objeto de defender la persona de la reina, y en que invirtió cincuenta mil ducados que habia prestado antes al rey don Felipe; con lo cual mantenia en respeto á los tumultuosos magnates. Urgia no obstante la venida del rey, y el arzobispo y el consejo no cesaban de es-

(1) Id. epist. 333.—En esa expedicion dió á luz la reina en Torquemada á la infanta doña Catalina.

ponerle esta necesidad y de instarle á que viniera. La mayoría del pueblo tambien volvia los ojos á él, pues los males que sufría le hacian olvidar el enojo con que al principio recibió lo del segundo matrimonio del marido de Isabel. De todos modos el gobierno provisional tuvo por prudente suspender las córtes por cuatro meses. Demasiado comprendia Fernando que era deseada y se tenia por indispensable su presencia en Castilla, pero quiso antes aplacar la oposicion y aun atraer á su servicio á los magnates que se le mostraban mas contrarios. Al efecto, por medio del arzobispo y de sus amigos entabló tratos y negociaciones con los de Villena, Nájera, Benavente, Béjar, con Garcilaso de la Vega y con el mismo don Juan Manuel; hubo ofrecimientos, mediaron dádivas, cruzáronse peticiones y respuestas, hasta que logró grangearse á unos y desarmar ó inutilizar la enemiga de otros.

Con esto y con las voces que esparcia el rey de Romanos, y con las cartas que escribia ~~al papa~~ anunciando su próxima venida á Castilla con grande armada y ejército, trayendo consigo á su nieto el príncipe Carlos ⁽¹⁾, procurando mantener asi vivo el par-

(1) Hé aqui el tenor de una de estas cartas, que por cierto fué escrita ya algo tarde. «**EL REY.**—Don Juan Manuel, contador mayor de Castilla, pariente. Por otras cartas vos he hecho saber mi determinacion, que era de ir en persona á esos reynos, y llevar conmigo al príncipe don Carlos, mi nieto. E si las cosas dellos no estuviesen en la pacificacion que convenia al servicio de la Serenísima Reyna, mi hija, daria tal órden que ella fuese servida é obedecida, é la sucesion del príncipe asegurada. Pero despues he seydo informado que ha avido algunas novedades: por lo qual me

tido flamenco, creyó el Rey Católico que debía ya apresurar su regreso á Castilla, y enviando delante algunas naves con el conde Pedro Navarro, se dió él á la vela con diez y seis galeras en el puerto de Nápoles á 4 de junio de 1507.

»tengo de dar mas prisa para ir á
»esos reynos, y llevar conmigo al
»principe. E ansi yo partiré de
»aquí para Bravante de oy en ca-
»torce ó quince dias; é ya he man-
»dado aderezar las cosas que para
»mi ida á esos reynos son nece-
»sarias. Entretanto yo vos ruego
»y encargo que os junteis con nues-
»tro Embaxador, y con los otros
»servidores del principe, como
»hasta aquí aveis hecho, y no se
»dé lugar á que se haga cosa algu-
»na contra la libertad de la reina,
»ni contra la sucesion del princi-
»pe: que idos allá, avido respeto
»al amor que el rey mi hijo, que
»aya santa gloria, os tenia, é la
»voluntad que tenia de os hazer
»mercedes, é á vuestros servicios,
»se hará con vos lo que el dicho
»rey mi hijo deseaba hacer. De la
»mi ciudad Imperial de Constan-
»cia, á doce de junio de MDVII.
»—*Maximilianus*.—Por mandado
»de su Magestad. Antonio de Vi-
»llegas.»

CAPITULO XXIII.

EL REY CATÓLICO Y EL GRAN CAPITAN.

SEGUNDA REGENCIA DE FERNANDO.

De 1506 á 1507.

Carácter receloso del rey.—Sospechas que concibe acerca del Gran Capitan.—Instigaciones de los enemigos de Gonzalo en la córte.—Situacion de Gonzalo de Córdoba en Nápoles.—Crecen los recelos del rey.—Ofrécele el gran maestrazgo de Santiago para ver de traerle á España.—Notable carta del Gran Capitan al Rey Católico.—Deja Fernando la regencia de Castilla y pasa á Italia.—Encuétrase en Génova con el Gran Capitan.—Demostraciones amistosas: van juntos á Nápoles.—Gobierno de Fernando el Católico en Nápoles.—Favor de que gozaba allí Gonzalo.—Pomposa cédula del rey nombrándole duque de Sessa.—Las cuentas del Gran Capitan.—Lo que determinó la vuelta del rey á Castilla.—Trae consigo á Gonzalo.—Célebres vistas de Fernando el Católico y Luis XII. de Francia en Saona.—Honores extraordinarios que recibe allí el Gran Capitan.—Entrada del rey en Castilla y tierna entrevista con su hija doña Juana.—Situacion del reino.—Cisneros cardenal é inquisidor.—Segunda regencia de Fernando.—Sediciones de grandes en Castilla.—Las va sofocando el rey.—Severidad de Fernando con el marqués de Priego.—Desaira al Gran Capitan y á los principales nobles castellanos.—Disgusto de estos: confederaciones.—Tibieza y desvío del rey con el Gran Capitan.—Retírase éste á Loja.—Noble y arrogante respuesta de Gonzalo á una proposicion del rey.—Somete Fernando en Andalucía á otros nobles disidentes.—Pretensiones y demandas del emperador Maximiliano.—Firmeza y prudencia del rey.—Prision y tor-